

Víctor Pey; El ingeniero de altos ojos
Extracto de “Winnipeg”, de Julio Gálvez (2014)

La Familia

Mi padre se llamaba Segismundo Pey Ordeix. Nació en Sant Vicens de Torelló, provincia de Barcelona. Fue un personaje singular, autor polémico, combativo, escritor y periodista. Fundó periódicos, revistas y publicaciones que le mantendrían toda su vida en jaque, por la valentía al tratar temas que transgredían las rígidas normas de la Iglesia. Desde los nueve años estuvo interno en un colegio religioso adscrito al Seminario de Vic. Siendo muy joven, su formación lo llevó a cargos de responsabilidad y a los 26 años se ordenaba sacerdote. Sus escritos denunciando los vicios, los abusos y los privilegios de la jerarquía eclesiástica no tardaron en aparecer en diversas publicaciones, algunas fundadas por él. En 1902, la Congregación del Santo Oficio lo excomulgó. Fue una dura batalla, que lo recluyó en la Abadía de Montserrat. Pero de aquel "secuestro en vida", como él mismo lo describió, huyó a París en 1905. Tras alejarse de la Iglesia, mi padre gestionó ante la Santa Sede la dispensa del celibato eclesiástico, que le fue denegada. No era una persona que se arredrara ante negativas que él creía sin fundamento. En 1911 contrajo matrimonio por lo civil con Manuela Casado, en Cerbére (Francia), constituyéndose así en el primer matrimonio que, en su estado, lograba legalizarse en España, a pesar de las leyes celibatarias impeditas. Este matrimonio civil daría lugar a una batalla procesal, ante el Tribunal Supremo de Madrid, pues la Jerarquía Católica trató de invalidarlo y declarar ilegítimos a los hijos nacidos en él. En 1912 escribió *Proceso y fin del celibato en España*. En la revista *Papeles de son armadans*, de diciembre de 1976, dirigida por Camilo José Cela, en un extenso artículo de crítica del clérigo, filósofo y político navarro Víctor Manuel Arbeloa, dijo de ese texto: *Difícilmente encontraremos en la literatura española un alegato tan poderoso a la institución del celibato obligatorio como este de Pey-Ordeix. Hoy sigue siendo, todavía, de plena actualidad.*

Mi madre, Manuela Casado, nació en Valladolid el 1º de enero de 1888. Era hija de Agapito Casado, masón, en esa época, imagínese, estoy hablando del siglo XIX, en Burgos, donde la gente era sumamente reaccionaria. Era una vida muy sórdida en aquella época, la influencia de la Iglesia era terrible. Mi abuelo se fue a Valladolid, porque le hicieron la vida imposible en Burgos. Ser masón era, en aquella época, mucho más peligroso que ser comunista en la época de Pinochet. La historia de la masonería es muy compleja y muy

variada, según el país y según la época. Tiene usted que pensar que; Franco murió en el año 1975, Yo estaba en Madrid en el año 1977, dos años después de la muerte de Franco y aún estaba vigente la ley llamada "Ley de represión de los delitos del comunismo y la masonería". Franco metió en un mismo saco los "delitos" del comunismo y de la masonería. Esa ley fue derogada después de 1977. Y hay que saber que la persecución que hizo Franco de los masones fue tan feroz que, después de muerto Franco y después de instaurada la democracia, no encontraron a ningún masón vivo en España. Tuvieron que traerlos de México. Se volvió, naturalmente, a refundar los talleres y las logias.

Pero mi abuelo, masón, hombre progresista, debió de encontrar en Valladolid el mismo enemigo del que había huído y se trasladaron a Soria. Estableció allí el primer y único laboratorio fotográfico que hubo durante muchos años. -Fotografía Casado-. Mi madre, junto a su padre, aprendió los secretos de esa "novedad tecnológica".

Del matrimonio de Segismundo y Manuela nacimos tres hijos: Víctor, Raúl y Diana. Cuando mi familia se instaló en Barcelona, -los tres hijos éramos muy pequeños-, mi madre recurrió a sus conocimientos fotográficos para salvar la situación económica, en una ciudad en la que seguía vivo el estigma de ex cura sacrílego de jefe de familia. Instaló un pequeño estudio fotográfico en una de las habitaciones de la casa. Ella misma preparaba los "baños" del revelado y del fijado, tareas en las que nos inició a mi hermano y a mí, que teníamos siete u ocho años. Mi madre hacía fotografías en las ceremonias matrimoniales que se celebraban en las iglesias de la Concepción y de la Bonanova. Ésta fue la principal fuente de subsistencia de la familia, pues mi padre seguía dedicado a la investigación en archivos y bibliotecas.

Mi madre inició a Diana, desde niña, en la música. Fue su primera maestra de solfeo y piano. El problema fue conseguir un piano, indispensable para las clases. Al final lo alquiló en la Casa Maristany. El alquiler era de siete pesetas mensuales, lo que representaba una cantidad importante para la familia, algunas temporadas tuvo que volver a las bodegas de la Casa Maristany por imperativos económicos. Tras los primeros tiempos de aprendizaje con mi madre, Diana tuvo una profesora muy reputada, Doña Ernestina Corma. Después prosiguió sus estudios en la Academia del profesor Frank Marshall, como alumna becada y posteriormente en la Escuela Municipal de Música. Su nombre alcanzó a conocerse en los conciertos de "Sesión Íntima", de la Academia Marshall. En enero de 1925, Diana, a los 8

años de edad, era una de las ejecutantes, en el 4º curso de piano, dirigida por su profesora, Edith Puigvert.

Nosotros tuvimos una infancia y adolescencia alejada de las diversiones propias de la edad. Desde muy temprano asumimos la austeridad y las estrecheces económicas que había en casa como norma de vida. El ambiente familiar influyó fuertemente en nuestra formación cultural e ideológica. La lucha en solitario de mi padre, enfrentado a múltiples procesos por sus escritos, fue determinante en nuestras vidas. Creo que nos hizo seres libres y críticos. En 1928, mi padre fundaba, dirigía y redactaba íntegramente el semanario barcelonés *La República*, de contenido humanista y difusor de las ideas renovadoras que se propagaban ya en la época. En sus últimos años, mi padre, incansable, fundó la Academia Séneca, centro de estudios filosóficos y sociales, institución libre de enseñanza, en la que se daban conferencias, cursos, seminarios, conciertos. Mi padre falleció en Barcelona el 29 de septiembre de 1935, a los 68 años de edad, menos de un año antes de que comenzara la guerra civil.

La Guerra

En esa época yo vivía, con mi familia, en la esquina de las calles Urgel y Provenza. Aún está la casa igual, una casa de departamentos de seis pisos, en uno de esos chaflanes que hay ahí. En Barcelona, los militares sublevados el 18 de Julio, fueron vencidos en las calles rápidamente, planteándose inmediatamente el problema de cómo hacerles frente a los fascistas que habían tomado Zaragoza, Huesca y Teruel. Se organizaron por partidos políticos y centrales sindicales de izquierda, columnas civiles, sin instrucción militar previa alguna. Las Columnas eran organizadas sin ninguna formación, sino simplemente por gente voluntaria que llegaba y se alistaba. Yo estuve muy fugazmente en la Columna Durruti.

Cataluña, siendo una región muy industrial, la más importantes de España, sin embargo, por razones políticas la monarquía había impedido que hubiese en ella ninguna fábrica de material de guerra, de ninguna especie, ni tan siquiera de municiones para armas cortas, ni de perdigones, ni de nada, por el temor de que los catalanes buscasen la independencia, etc. etc. Entonces, resultaba que nos encontrábamos en una región altamente industrializada, sin ninguna posibilidad de fabricar elementos que hubiesen servido para defenderse de las tropas franquistas, de las tropas militares fascistas. Ocurría que

prácticamente toda la plana directiva de industriales, ingenieros, eran simpatizantes de los militares sublevados.

Entonces, mi hermano y yo, siendo muy jóvenes, por los antecedentes; mi padre, como he dicho, había sido escritor y periodista y había tenido muchos juicios, había estado exiliado en Francia durante mucho tiempo, de manera que, por los antecedentes y nuestras inclinaciones nos abocamos a la colaboración en la organización de las industrias de guerra.

Ya éramos ingenieros. Mi hermano se había titulado y yo me titulé en el mes de septiembre. La guerra había empezado en el mes de julio y yo terminé en septiembre. Yo empecé a ejercer como ingeniero antes de terminar, pero me faltaban 3 o 4 ramos para terminar y me examiné en septiembre de esos ramos. Todo funcionó de una manera muy especial. Yo di los ramos que me faltaban sin que los profesores que me examinaban me pusiesen ninguna objeción. La mayor parte de los profesores estaban escondidos, casi todos eran gente de derechas. Tanto es así que después, cuando llegó Franco, anularon todos los títulos que nos habían dado.

Lo primero que hicimos en la industria fue hacer unos camiones blindados con planchas, en la Hispano-Suiza, que era la industria metalúrgica más importante. Ahí fabricaban autos, camiones, de manera que teníamos ahí los talleres. Hay un libro de un ex senador por Barcelona, catalán, que tuvo bastante figuración porque después fue uno de los más importantes crítico literario y artístico de España durante Franco, se llamaba Alexander Cirici, que escribió un libro titulado *A cor batent*, en el que el autor hace una remembranza de su niñez, de su adolescencia y una época muy importante para él es la época de la guerra civil. Dio la casualidad de que en ese tiempo Cirici era un muchacho. Yo lo recuerdo muy bien porque mi hermano y yo le dimos trabajo en las industrias de guerra, como delineante. Después desapareció y pasó a la guerra y con el tiempo, este muchacho se transformó en lo que fue y en el libro, él hace una remembranza y una referencia muy detallada de todas las industrias que teníamos y de cómo mi hermano y yo, integrados en la Comisión de Industrias de Guerra de la Generalitat de Cataluña como Asesores Técnicos de la misma, siendo muy jóvenes llegamos a controlar más de 500 fábricas de material de guerra en toda Cataluña.

Estuvimos con mi hermano en Barcelona durante toda la guerra, en el Departamento Siderometalúrgico de la Comisión de Industrias de Guerra de Cataluña. El 7 de agosto, mediante un Decreto de la Generalitat se dio forma legal y orgánica, a lo ya iniciado en forma

espontánea, creando la Comisión de Industrias de Guerra de Cataluña. El presidente de la Comisión fue, durante todo el tiempo Josep Tarradellas, que había sido Primer Consejero y, después, Consejero de Hacienda de gobierno de la Generalitat, bajo la presidencia de Lluís Companys. Esa Comisión tenía tres departamentos, uno de ellos, que era el más importante, Departamento Siderometalúrgico, tenía que ver con toda la industria metalúrgica de Cataluña. El segundo Departamento era de las Industrias Químicas de la misma Comisión, que organizó la fabricación de todos los explosivos relacionados con la guerra. El jefe del Departamento Siderometalúrgico, con el cargo oficial de "Delegado del Departamento" fue Eugenio Vallejo, un obrero metalúrgico militante de la CNT-FAI de largo historial sindical.

Es sabido que en Cataluña los anarquistas tuvieron una notable representación y presencia, así como en Andalucía y Aragón. En cambio, los socialistas tenían más influencia obrera en Madrid, Bilbao y Valencia. En Barcelona, desde el punto de vista sindical, la CNT era la central sindical de mayor importancia e influencia obrera. En esos años, en los inicios de la Guerra Civil, el Partido comunista en España tenía muy poca gravitación. Hay que pensar que en la última Cámara de Diputados que hubo en la República, de un total de 450 integrantes, tan sólo 12 eran los diputados integrantes de la minoría del Partido Comunista.

En una fábrica de material de guerra, en Sitges, trabajaba también Lorenzo Colli Ocaña, catalán de ascendencia italiana, quien había sido compañero nuestro en la Escuela de Ingenieros. Lorenzo Colli se casó con mi hermana Diana en Julio de 1938.

El día 24 de enero, dos días antes de que cayera Barcelona, mi hermano y yo fuimos instruidos de trasladarnos urgentemente a varias localidades donde la Comisión tenía fábricas y talleres en producción para disponer su eventual traslado hacia lugares más seguros, ante la posibilidad de que las fuerzas franquistas las ocuparan en su avance. El día 25, ya las avanzadillas de los franquistas estaban entrando en Barcelona. Se suponía que Barcelona iba a resistir, iba a haber una defensa, recordando la heroica defensa de Madrid. Madrid nunca fue tomada. No fue así.

Nosotros, con mi hermano y con un montón de gente de la Sub Secretaría de Armamentos, en la madrugada del día 25, salimos de Barcelona con un camión. Era el único medio ya de salida, porque había un éxodo inmenso, con destino a Olot. Salimos a la una de la madrugada o algo así. Al llegar a la carreta, empezamos a sufrir el bombardeo, nos ametrallaban. Ya estaba el éxodo, el atochamiento de gentes de a pie y en toda clase de

vehículos, en la carretera hacia la frontera. Naturalmente que no alcanzamos a hacer ningún traslado de ninguna fábrica ni taller alguno. Ya fue la debacle. Hasta el día anterior nosotros estuvimos acudiendo a nuestras fábricas, a coordinar y controlar la producción. Estábamos tan metido en el tema que estábamos convencidos de que íbamos a trasladar una serie de industrias fundamentales para tener cartuchería y otros elementos, hacia la región de Figueres, que quedaba muy cerca de la frontera, para seguir la resistencia.

Llegamos a Torelló y ahí se terminó todo. El camión y la gente desaparecieron.

Mi hermana y mi madre se habían quedado en Barcelona. Nosotros creíamos que salíamos de Barcelona a hacer una misión y que al cabo de unos días volveríamos. Y mi hermana, tan sólo horas más tarde de que nosotros saliéramos de la casa, -mi hermana y mi madre pertenecían a la masonería, nosotros no, mi padre había sido masón-, ella fue al local de la masonería, que estaba en el Portal del Ángel. Y ahí le dijeron:

-Los fascistas están entrando, de manera que hay que irse inmediatamente.

Un grupo de masones estaba tratando de conseguir un camión para salir hacia la frontera y le ofrecieron a mi hermana que se uniese a ellos. Nosotros ya nos habíamos ido de la casa y no supimos eso. Y ella se fue, andando, pues los transportes públicos ya no funcionaban, en esos momentos había un caos en la ciudad, se fue a la casa y le dijo a mi madre que había que irse. Y sobre la marcha la agarró y la llevó al local de la masonería, llegaron al local del Portal del Ángel cuando el camión se disponía a salir, y, de ahí, también salieron hacia Gerona en el éxodo generalizado. Mi cuñado también salió por su lado hacia la frontera. Cuando yo veo ahora los refugiados de Kosovo y todo eso, es lo mismo.

Nosotros, desde Torelló, con mi hermano y otros, nos fuimos en un camión a Olot. Ya en Olot, fuimos a las fábricas de material de guerra y la gente del pueblo que nos conocían y de la misma fábrica, nos dijeron:

-Oigan, desaparezcan de aquí porque los van a agarrar los fascistas que están aquí en Olot y los van a matar.

En Olot tenía una casa la Generalitat. Nos dirigimos a ella. Allí habían pasado la noche anterior tres Conseller. Uno de ellos era Josep María Sbert, Conseller de Cultura de la Generalitat y el otro era Rafael Closas, que también era Conseller y el tercero no recuerdo quién era. Lo que si recuerdo es que nos metimos en el auto y nos fuimos desde Olot a

Gerona. En Gerona la debacle ya era espantosa, había sido invadida por toda la gente que venía huyendo desde Barcelona.

En Gerona fuimos al Hospital, porque ahí teníamos un amigo que estaba herido, ya no había luz eléctrica. El caos era ya generalizado. Los enfermos y heridos que habían tenido capacidad suficiente para levantarse y salir, ya se habían ido y se veía por el hospital gente que uno se daba cuenta que no podrían andar más de dos o tres cuerdas. Estaba todo a oscuras. No pudimos encontrar a nuestro amigo. Los que se quedaban eran gentes que estaban severamente imposibilitados, que no se podían levantar. Nos fuimos de ahí hasta Figueres. En Figueres había un Castillo, el Castillo de Figueres, donde se celebró la última sesión del Consejo de Ministro de la República y la última sesión del Gobierno de la Generalitat. Ahí estuvimos una noche, alojando en un cobertizo, y al día siguiente nos fuimos hacia la frontera, caminando. Llevábamos una brújula y un paquetito de terrones de azúcar que habíamos sacado de Olot, con eso estuvimos hasta que llegamos a un lugar, en la parte española de los Pirineos, donde había un caserío de un pagés catalán que estaba con su hija nada más y que nos cobijó en su casa.

Francia

Nosotros pasamos a Francia por el monte, sin más guía que el ir hacia el norte. En el momento en que uno se mete en el monte ya no tiene idea de donde está el norte, ni el sur, ni el este, ni el oeste. Si no hubiese sido por la brújula que llevábamos, no hubiésemos sabido dónde estaba el norte. Era invierno, con un frío intenso. Si no nos morimos fue por casualidad.

Por la noche llegamos a una cima. Al mirar hacia el otro lado, vimos luces encendidas y al ver las luces vimos que era Francia. En la parte española nadie encendía las luces por razones de seguridad. Seguimos cuesta abajo y, al promediar el mediodía, llegamos a una carretera asfaltada. Al poco rato de ir caminando por ella pasó una patrulla de la Garde Móvil y nos tomó presos.

Nos llevaron al Campo de concentración de Le Bolou, un pueblo que quedaba cerca de donde nos habían detenido. Cuando nosotros entramos con un grupo de gente, nos encontramos con mi cuñado, Lorenzo Colli, entrando por la puerta. Después nos llevaron a un Campo de concentración en Perpignan. En la desesperación reinante, muchos se iban, volvían a España. Había agentes, ahí, en las puertas de los campos, había agentes del gobierno de

Franco. Y todo aquel que quería, lo recogían y lo llevaban en auto a la zona franquista. Lo devolvían. Era muy incierta la suerte que corrían, pero es que ahí estabas entre dos muertes, no? Uno ve una muerte mucho más inmediata en el campo de concentración y la otra está un poco más lejana.

Mi madre y Diana, llegaron a la frontera francesa y la frontera misma la pudieron pasar por casualidad. Vivieron calamidades sin cuento. Mi madre ya tenía sus años. La primera noche en Francia, la pasaron en el rincón de un café de Le Perthus. Pasaron dos o tres noche en la calle. Y estando ahí, de alguna manera que yo no recuerdo, lograron llegar a Perpignan que está cerca de la frontera. Porque mi hermana llevaba una dirección que le habían dado los masones de Barcelona para un masón de Perpignan. Lograron llegar a Perpiñan, donde fueron acogidas en la casa de este masón.

Cuando nosotros salimos de Barcelona, yo sabía de una persona de Francia, que vivía en Perpignan precisamente, que en caso necesario podía ser un contacto nuestro....., ya no recuerdo quién podía ser..., pero sé que lo tenía en la mente. Yo recordaba la dirección y ahora no recuerdo el nombre..., de un señor de Perpignan, bueno, cuando a nosotros nos llevan al campo de concentración de Perpignan, entonces yo pedí que me dejaran salir con el objeto de hacer una gestión con un amigo mío:

-Quién es el amigo.

-Fulano de tal.

A la inmensa mayoría de la gente no la dejaban salir para nada, yo pedí permiso, ahí se quedaba mi hermano, mi cuñado, y yo dije que tenía que hacer una gestión y que volvía. Me creyeron y salí. En Perpignan busqué una guía de teléfono y de alguna manera di con el fulano de tal. Y cuando llego a la casa de fulano de tal, allí estaban mi madre y mi hermana. Para qué le cuento la alegría.

Yo tenía que volver al campo de concentración, había pedido permiso por un par de horas o una cosa así, y cuando pasó el tiempo yo volví y mi hermana empezó a hacer gestiones con el masón y el tal y el cual, y al cabo de unas horas, no sé si era al día siguiente, en un momento determinado, por los altavoces del campo pronunciaron nuestros nombres diciendo que nos presentáramos en la puerta del campo. Nos sacó el masón de Perpignan a los tres, haciéndose él responsable. Había un francés que respondía y pudimos salir. Salimos del campo y este señor nos llevó a su casa, a esa casa en que había encontrado a mi madre y a mi

hermana y allí nos dio un plato con fideos calientes..., naturalmente de esas cosas uno se acuerda toda la vida..., fideos y calientes Y a nosotros no se nos pasó por la mente que podíamos repetirnos, y yo recuerdo ese hecho, cuando llegó el dueño de casa y nos dijo:

-¡Oye! Quieren más, les puedo dar más.

Me pareció una cosa disparatada..., bueno, segundo plato. Y dormimos allí en una habitación en la que había puesto un montón de paja. Echó paja en el suelo y nos pareció un hotel de veinte estrellas. Pero con la indicación de que teníamos que irnos de Perpignan al día siguiente, porque iban a hacer una razia por todo Perpignan, casa por casa, para recoger a los refugiados españoles que se habían infiltrado por todas partes. Y efectivamente, al día siguiente nos llevó él a la estación del tren y nos compró un pasaje y nos mandó hacia Lyon, con el encargo de que en Lyon nos recibiría un masón también.

Ya en Lyon estábamos más hacia el interior, a medida que uno se alejaba de la frontera la situación se distendía. Y efectivamente, al llegar a Lyon un masón nos estaba esperando y nos llevó a unos alojamientos que tenían allí. Ahí estuvimos varios meses y de ahí yo me fui a París, sólo. Porque veíamos venir la segunda guerra mundial y queríamos seguir a América. ¿Dónde de América? a cualquier parte, la cosa era salir de Francia. Pero desde Lyon no se podía hacer nada. Mi hermano Raúl me consiguió un permiso firmado por una alcaldesa comunista de una municipalidad que queda cerca de Lyon, de Saint Étienne, que es una municipalidad muy industrial, de mucha clase obrera y habían elegido, ya en esa época, una alcaldesa comunista. Ella extendió un permiso a mi nombre para estar tres días en París, no podía estar más. Me fui a París en un autobús para hacer gestiones y conseguir salir de Francia. Pasaron los tres días y me quedé sin permiso, clandestino en París.

A París me fui con un español que había conocido en Lyon, que era abogado, Julio Simal. Había actuado como fiscal en los tribunales en Madrid y Barcelona. Simal también fue pasajero del Winnipeg y en los diarios de la época aparece como periodista. Pero no. No era periodista, era abogado. Lo que pasa es que él, al llegar a Chile escribió algunos artículos en La Nación. Era un joven abogado muy brillante y durante la guerra ascendió rápidamente al cargo de Fiscal y como fiscal, naturalmente, lo que le tocaba hacer, en muchos casos, fue pedir pena de muerte en los tribunales. ¿Cómo lo tendrían de fichado? En París vivimos juntos casi seis meses, compartiéndonos una habitación. Él me contaba cosas tremendas, había pedido

muchas penas de muertes, de los cuales habían fusilado a muchos y eso produce cosas terribles, por lo menos a algunas personas, a otras aún no les produce nada.

El Winnipeg

Ahí, estando en París, yo encontré en un diario una noticia de que el poeta Pablo Neruda llegaba tal día en un barco a Marsella, con la misión del Gobierno de Chile de hacer una selección de españoles para venir a Chile. Cuando supe que llegaba Neruda, al día siguiente de que llegó yo estaba en el consulado de Chile.

Neruda no era, por cierto, lo que es ahora. Sabíamos que era un poeta. Un poeta chileno, nada más. Yo no sabía que era comunista..., no lo era en esa fecha. Era un poeta que venía con una misión especial. Porque él no fue cónsul de Chile en París, sino Cónsul Especial para los efectos de la organización del viaje de un grupo de refugiados españoles a Chile.

Neruda había llegado el día antes, estaba con un español que lo tomó como secretario, era Darío Carmona. Ahí conocí a Darío Carmona y le dije que yo quería hablar con Neruda y me dijo:

-Espérate un poquito, -después entré y hablé con Neruda.

Darío Carmona era un muchacho joven, estaba recién llegado. El mismo día que lo conocí, le dijo:

-Bueno, quédate aquí como secretario. -Es que no había nadie más.

Cuando yo llegué a hablar con Carmona, al minuto me hizo pasar a una habitación con un escritorio común y corriente y detrás del escritorio estaba sentado Neruda. Yo no tenía ni idea de la pinta de Neruda. Y Neruda, como usted sabe, era un hombre muy inexpresivo, muy poco cálido. A mi, después, me dio la impresión que la mía había sido una gestión inútil. Neruda me hizo varias preguntas: ¿cómo te llamas? nombre y apellido y qué familiares tienes, que cosa haces... Me tomó mis datos y los de mi familia en un papel cualquiera y me dijo:

-Ya le avisaré o ya te avisaré si eres seleccionado para viajar en el Winnipeg..., -y nada más.

No me dio ninguna luz, ninguna esperanza especial, nada. De manera que con Neruda habré estado diez o quince minutos. Me preguntó mis datos, tomó nota atentamente y me preguntó dónde podían ubicarme en París. Y yo estaba, claro, en un sitio muy inseguro.

A mi la impresión que me dio fue la de que había sido una gestión perdida. En esa época, para poder vivir, yo me había conseguido con Simal un trabajo por la noche en las oficinas del SERE, que era el Servicio de Evacuación de los Refugiados Españoles, en la rue Sant Lazare, que tenía turnos de día y de noche. Trabajábamos en la confección de los ficheros de los refugiados españoles que estaban en los campos de concentración en distintos puntos de Francia. Eran las famosas fichas rojas, donde estaba toda la descripción de los que estaban en los campos, con su dirección, su profesión u oficio, etc. Había que hacer esas fichas y clasificarlas. Estas fichas venían generalmente de los campos de concentración, grandes cantidades de ellas. Cómo clasificarlas?, bueno, por orden alfabético, por oficios, en fin, de una manera bastante artesanal. El director de SERE era Osorio y Tafall, militante del Partido Izquierda Republicana. Era el que nos dio el trabajo. Nos pagaba 80 francos por noche y nos pagaba día a día. Nosotros entrábamos a las 8 de la noche hasta las 8 de la mañana, 12 horas de trabajo. Estábamos ahí trabajando un montón de gente en unas tres o cuatro habitaciones que había en la Rue Saint Lazare, que era el lugar que habían arrendado en París el Gobierno republicano en el exilio para ese objeto. Mi hermano se había quedado en Lyon. Yo, por el día me iba a visitar embajadas de países americanos para ofrecer nuestros servicios. Me ofrecieron de varias partes, pero resultaba que había que pagarse el pasaje. Y nosotros no teníamos nada. Yo pretendía que me contratasen como ingeniero, para cualquier cosa, pero que me pagasen el pasaje y eso no lo conseguí en ninguna parte. Recuerdo que, estando en Lyon, llegó el representante del Centro Republicano Español en Buenos Aires. Un señor que se llamaba Carranza, y este señor llegó y nos dio amplias explicaciones de que el Centro Republicano Español de Buenos Aires era fantástico y todo lo que quieras, pero..., que no había ninguna posibilidad de obtener una visa para Argentina. Yo recuerdo que pensé: ¿Para qué nos sirve esto? ¡Para nada!

De manera que las oficinas del SERE no era un buen domicilio para ubicarme. Porque en el SERE, como he dicho, nos pagaban cada día, al terminar la jornada nos daban 80 francos, ¿por qué? porque el salir de las oficinas del SERE era jugarse la libertad todos los días. En la puerta del SERE había policías que estaban esperando agarrar españoles para llevarlos a los campos de concentración. ¿Qué pasaba?, que a 50 o 60 metros del SERE había una estación del Metro. El "operativo" que había que hacer, para tratar de evitar ser detenido a la salida, era el siguiente: algunas personas del SERE tenían permiso para residir en París, lo

que se llamaba un *récépassée*, que se diferenciaba del *laissez-passe* en que el *récépassée* era un permiso permanente para unos seis meses, a los seis meses había que renovarlo, pero era una cosa de mayor categoría, y naturalmente el que tenía *récépassée* no lo podían detener. Ese, que sabía quienes eran policías, salía a la puerta, porque, de la puerta para dentro no entraba ningún policía, pero de la puerta para afuera detenían a los refugiados que salían del SERE, entonces, en un momento determinado nos hacía una seña desde fuera y salíamos a la carrera y nos metíamos en el Metro con un boleto ya comprado. Es decir, cada día corríamos el riesgo de ser detenidos a la salida. Por eso cada día nos daban los 80 francos, y cada día nos podíamos quedar sin domicilio.

Yo trabajaba en el SERE en la noche y Simal trabajaba en el turno de día. Habíamos arrendado una habitación con una cama y nos turnábamos para dormir. Yo dormía cuando él se levantaba. Y recuerdo que era una pieza pequeña, he pasado después por ahí cuando he estado en París. En la misma habitación había un lavatorio pequeño, no había inodoro, y recuerdo que yo me irritaba porque Simal hacía pipí en el lavatorio. A mi, en esa época me parecía una cosa tremenda, porque yo me tenía que levantar y lavar la cara ahí.

Simal estuvo enfermo..., es que cada uno es una historia, una novela..., y empezó a sentir molestias en el glande. Le insistí en que tenía que verle un médico. Lo llevé a un dispensario municipal que era gratis y que en Francia funcionaban muy bien. Le dijeron: - Tiene sífilis. -Le dieron ahí, gratis, las inyecciones y los medicamentos que tenía que tomar. En esa época no había penicilina, estaba el neosalvasan y bismuto. Yo le pinchaba y le ponía las inyecciones de neosalvasan y, bueno, prácticamente se curó aunque era un tratamiento largo que después había que seguir.

Conocí a muchos otros españoles en París. Conocí a algunos de los que después llegaron a Chile. Conocí a otros que después nunca supe más de ellos. Conocí a Pío Baroja. Iba a comer a una especie de cantina a la que yo fui algunas veces. Era una cantina que tenían los judíos para judíos desamparados prácticamente, y haciendo vista gorda pasábamos algunos que no éramos judíos; era una cantina baratísima, nos daban un plato de comida. Y ahí encontré una vez a Pío Barojas y hablé con él. El se autoexilió, no fue exilado cuando entraron los franquistas, sino que después de entrar Franco se fue con pasaporte, pero no tenía dinero. Después de unos años regresó a España y pasó las últimas épocas de su vida en Madrid. Ahí escribió varias obras, entre ellas una trilogía: *Desde la última cuesta del camino*.

Por esos días me comunicaba con mi familia por carta. El correo de Francia era el mejor correo del mundo. Yo depositaba una carta en el correo de París y, según la hora que la pusiera, sabía a qué hora la recibirían al día siguiente en Lyon. El cartero cubría todos los domicilios de Francia dos veces al día.

Cuando Neruda llegó a París, entró en contacto con el SERE, con Osorio y Tafall, designado en la secretaría general del SERE por el Gobierno Republicano en el exilio, conviniendo un embarque de dos mil refugiados españoles a Chile, reservandose Neruda la designación de cien cupos en ese embarque. Yo, con mi familia, estuvimos dentro de esas cien personas de libre designación por Neruda.

Para ello, el Gobierno republicano en el exilio fletó un barco, el Winnipeg, que pertenecía a la Compañía France Navigation, cuyo capital estaba integrado en un porcentaje significativo por el Partido Comunista Francés. El Winnipeg era un barco carguero de unas 8 mil toneladas de registro bruto que normalmente hacía transporte de mercaderías entre el norte de África y Marsella. Las bodegas del buque fueron habilitadas con literas de madera en cinco niveles, unos encima de los otros. Una bodega, la de mayor profundidad, servía de comedor.

La citación para embarcar en el Winnipeg la recibí por un telegrama dirigido al domicilio en que yo me estaba alojando con Simal. Era un telegrama mandado por el Consulado de Chile en París. Me llegó un día por la tarde y había que abordar dos días después. Esa misma noche me fui en tren a Lyon. Yo tenía un amorcito, una chica hija de españoles, que era peluquera, que me fue a despedir a la Garde Lyon. Años más tarde supe que murió en la guerra, en la que había participado como enfermera.

Llegué a Lyon por la mañana y sobre la marcha teníamos que partir a Burdeos. Pero antes tengo que decir que: cuando yo recibí el telegrama en París, en vez de venir en él la autorización de embarque para toda mi familia, faltaban los nombres de mi madre y de mi hermano. Lo primero que hice, al darme cuenta de ello, fue ir al consulado de Chile, pero Neruda ya no estaba, se había ido a Burdeos. Entonces fue cuando me fui a Lyon y se lo expliqué a mi familia y nos fuimos a Burdeos inmediatamente. En el telegrama indicaba que mostrando ese telegrama en la estación del ferrocarril, uno no pagaba el pasaje.

Llegamos a Burdeos por la noche. Nos alojamos en un hotel de Burdeos y al día siguiente nos fuimos al puerto, buscando a Neruda. La gente ya estaba embarcando. Tras un pequeño mesón estaba Neruda vistiendo de blanco, con la hormiguita y alguien más. Me dirigí

a él indicándole lo que ocurría, que faltaba en la autorización recibida, mi madre y mi hermano. Neruda, sin más, me contestó:

-Bueno, díles que vengan. -No me lo podía creer, no estaba seguro de lo simple y sencillo que había resultado la inclusión de mi madre y mi hermano; me fui inmediatamente a poner un telegrama desde ahí mismo a Lyon, Mi madre y mi hermano abordaron el primer tren, se vinieron a Burdeos, fuimos juntos al puerto, alcanzamos a llegar una o dos horas antes de la partida del barco. Neruda nos dio los papeles y subimos. El vínculo mío con Neruda no fue en ese tiempo más que el que he contado. Pasaron unos diez años antes de que volviese a verlo de nuevo. La versión que he leído posteriormente de la exigencia de ser comunista para viajar en el Winnipeg nada tiene que ver con lo que fue la realidad.

La travesía

El zarpe del Winnipeg, según mis recuerdos, se produjo al poco rato de que subiéramos a bordo, debió ser al mediodía o algo así. Lo que sí recuerdo muy bien es que en el momento en que el Winnipeg levó anclas y empezó a navegar, en la popa del barco había un coro que ya habían formado los catalanes y empezaron a cantar L`Emigrant, de Guimerá. Me causó una gran impresión que he recordado siempre.

Mucha gente tenía una gran incertidumbre, ¿dónde vamos? Yo tenía la certidumbre de que uno se iba de un infierno. Recuerdo de que cuando llegamos a la cima de esa montaña, en los Pirineos, donde vimos las luces y dijimos: -De aquí para allá ya es Francia, -recuerdo que cogimos un puñado de tierra. No se qué fue de esa tierra, dónde la perdimos. Yo tengo poco sentido del patriotismo incondicional. No encuentro ninguna compensación con que me torturen en mi patria. Siento una gran repugnancia por los que torturan, y si en otro lugar me reciben con los brazos abiertos, naturalmente que me siento mucho más cercano de ese lugar.

Del viaje me acuerdo de todo, desde el primer día. De la primera comida, la misma tarde que salimos. Ha habido mucha gente que se ha quejado de la comida. La comida, durante todo el viaje, fue buena. Naturalmente no nos iban a dar filete con papas fritas ni cosas así. Eran lentejas, garbanzos, en fin, sano, limpio, en cantidad suficiente, pan. El primer día y el segundo nos dieron una vaso de vino tinto, después ya no nos dieron vino, nos dieron agua. Pero había tres comidas al día, desayuno, almuerzo y comida. Para los que habíamos estado en un campo de concentración, nos sabía a gloria.

Alguno ha dicho después que en el barco comíamos pan duro. No se comía pan duro. Quienes habían sido campesinos estaban acostumbrados a una vida durísima, soportando mejor el frío, acostumbrados a pasarlo habitualmente, a pasar incomodidades, era lo normal en su vida. Para ellos, los campos de concentración no significaron tanto sufrimiento como para otros. En cambio, para uno que no estaba acostumbrado, por ejemplo, a no lavarse los dientes, ya eso, con el paso de los días, resulta un sufrimiento, inflamándose las encías. Eso depende mucho de la costumbre y los hábitos de cada uno. Yo no tuve una niñez dura, en esos aspectos, de campesino. Mi familia pasó muchas privaciones, eran de clase media, pero dormí siempre en una cama. En el barco, el alojamiento, que era una litera con una colchoneta de paja, me pareció perfectamente aceptable.

Hice amistad con varios pasajeros. Uno de ellos fue con Francisco Galán, hermano de Fermín Galán. Llegué a ser amigo de él. Él fue uno de altos oficiales militares, militante del Partido Comunista. Tuvo una vida bastante ajetreada. Fue el último defensor de Cartagena.

A bordo se suscitaron grandes discusiones, todos los días, a manera de foros, debates sobre la guerra civil, los responsables de la derrota y la política española e internacional. Había corrillos aquí y allá. Los comunistas estaban en una franca minoría. Galán era un hombre tranquilo, apacible, muy versado. Hay que pensar que la inmensa mayoría de la gente que venía en el Winnipeg no eran intelectuales sino obreros manuales.

Estaba también el problema de la derrota y en las derrotas se tiende a buscar un chivo expiatorio; y, como los comunistas fueron los que tuvieron la mayor influencia durante la última época de la guerra, había que culpar a los comunistas. Y después, para más remate, vino el Pacto Germano-Soviético.

No recuerdo haber conocido a ningún chileno en el viaje, aunque después supe que habían viajado dos o tres. No era fácil moverse en las cubiertas del Winnipeg. Éramos más de dos mil personas. Ocurría que el que tenía un lugar en la cubierta tenía que cautelarlos, día y noche, porque si no, se lo tomaban. Había unos botes salvavidas, estaban tapados por una lona que hacía muy grato el tenderse encima, sirviendo de lecho a las parejas para hacer el amor por las noches. Pero todo era muy discreto, no fue una cosa chocante.

Mi madre y mi hermana estaban en la bodega para mujeres. En el Winnipeg había un piano. Mi hermana dio varios recitales a bordo. Se anunciaba por el parlante y daba sus recitales por el parlante. También dio clases de piano a varios niños.

Recuerdo que durante la travesía por el Atlántico murió un niño de meses. Se celebró el rito tradicional en tales circunstancias; en la noche, a la media noche, el barco disminuyó su marcha y se lanzó al mar, por la popa, un pequeño ataúd. El barco dio tres vueltas alrededor del lugar en el que se había hecho ese lanzamiento. Hay gente que, después, ha dicho que durante la travesía también murieron algunos adultos, pero que no lo dijeron para no crear pánico, lo que no ocurrió.

Sé que nacieron dos niños durante el viaje, sin problema alguno. Supimos de los nacimientos porque lo dijeron por los parlantes. Nunca vi las guaguas, pero supe que habían nacido.

La primera escala que hizo el Winnipeg fue en Guadalupe, donde se abasteció de agua y víveres, sin atracar al muelle. La segunda fue en Colón, Panamá.

En Colón, desde tierra, alguien lanzó un diario del día anterior, en el que decía que al día siguiente iba a llegar el barco Winnipeg y de que había circulado el rumor de que veníamos todos apestados. Evidentemente no había nada de eso. Y de ahí, directo hasta Arica.

En Arica subió el inspector sanitario, que vino en un bote, ya que en Arica, en ese tiempo, no había puerto para atraque de buques de calado. Se hizo la inspección sanitaria del barco. Subieron, también, el doctor Calvo, del Comité Chileno de Ayuda a los Refugiados Españoles, el poeta Julio Barrenechea, el Inspector de Policía Sr. Fuenzalida y alguien más que se me escapa. El Dr. Calvo se vino con nosotros en el barco hasta Valparaíso. Julio Barrenechea se volvió en avión. Con nosotros también vino el inspector Fuenzalida. Recuerdo que estando en Arica, por los parlantes pidieron electricistas para quedarse a trabajar. Algunos se quedaron en Arica.

Subió el doctor Calvo, estaba Julio Barrenechea. Calvo se vino con nosotros en el barco hasta Valparaíso, Barrenechea se volvió en avión. Con nosotros también vino el inspector Fuenzalida.

Diez años después, con mi hermano Raúl fuimos a Arica a construir el Muelle de Atraque para Lanchas, obra que licitamos en la Dirección de Obras Portuarias del Ministerio de Obras Públicas.

El viaje de Arica a Valparaíso fue muy normal, pero ya estaba la II Guerra Mundial encima. A Valparaíso llegamos el día 2 por la noche. Yo creo que eran como las 9 o 10 de la noche. Se esperó al turno de la mañana para desembarcar. Recuerdo muy bien cómo nos

extasiamos ante la vista de Valparaíso, con sus cerros, iluminado. Era tarde en la noche y en la bodega de las literas, por los ojos de buey, seguíamos mirando hacia Valparaíso. Sabíamos que al día siguiente íbamos a bajar, sintiéndonos ya a salvo. Fue algo muy impresionante.

El desembarque fue muy normal. Bajamos ordenadamente. Ya antes se había hecho la selección de los que se quedaban en Valparaíso y de quienes íbamos a Santiago. Los que viajábamos a Santiago tomamos un tren que estaba ahí mismo, en ese tiempo el tren entraba hasta el puerto. A unos cien metro estaba el tren. Era un tren especial de unos vagones antiguos, desplazándose a poca velocidad. En el viaje el tren no se paró en ninguna estación. Pero recuerdo que en cada estación había grupos de gente con banderas rojas que nos saludaban.

La llegada a Chile ese 3 de septiembre de 1939 fue promisoría en extremo. Desembarcábamos en un país en el que existía un régimen democrático, en el que se nos iba a permitir trabajar libremente. La imagen de Valparaíso, vista en la noche de nuestro arribo, con las luces de sus cerros confundidas con las estrellas constituía un paisaje que aumentó nuestra emoción. El recibimiento cálidamente afectuoso de las gentes, tanto en el puerto como a lo largo del trayecto hasta Santiago, no hizo sino aumentar la sensación liberadora, justo el día en el que estallaba el conflicto mundial en esa Europa que tan injustamente nos había tratado.

La integración

Aquí, en Santiago, había un Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles. Ese Comité había organizado la llegada, distribuyendo a quienes llegamos, en distintas residenciales y pensiones, al igual que en Valparaíso. A nosotros nos tocó una residencial que estaba muy cercana a la embajada de los Estados Unidos, en la calle Villavicencio. A la misma residencial fueron también un grupo de cinco o seis muchachos aviadores, Castedo con su mujer, Elvira Magaña y su pequeña hijita y alguien más cuyos nombres no recuerdo. Fuimos a parar unos diez o doce a esa residencial. Todos con familia. Ahí ocupamos unas habitaciones en las que no teníamos ni una silla donde dejar la ropa. Apenas teníamos ropa, pero la que llevábamos teníamos que dejarla en el suelo o encima de la cama. Nos pagaron esa pensión durante varios meses. La verdad es que nos atendieron bastante bien. Era una comida de pensión, pero que para nosotros era una comida muy buena, muy rica. Al día siguiente de llegar tuvimos que ir a Investigaciones. Ahí ya tenían todas las listas de nosotros y nos dieron una tarjeta con nuestros

datos, como tarjeta de identidad. Esa tarjetita la canjeamos a los meses después por un carnet de residentes en Chile.

La primera de la familia que encontró trabajo en Chile fue mi hermana Diana. Encontró trabajo en la Radio Cooperativa Vitalicia, que así se llamaba en esa época. Y el que le consiguió el trabajo, a los cinco o seis días de llegar, muy pocos, fue un periodista que era director de la revista *Ercilla*. Era peruano. Manuel Seoane, un hombre de gran cultura. El tenía un amigo en la radio Cooperativa Vitalicia. Conocimos a Manuel Seoane porque él fue a recibirnos entre la gente, cuando llegamos a la estación Mapocho. Ahí nos encontramos con unos chilenos que eran ingenieros y la mujer de uno de los ingenieros, José Saitúa, era peruana y conocía a Seoane. Mi hermana Diana, como digo, empezó a trabajar en la radio a los pocos días. Hacía dos programas, uno apareciendo con su nombre real, Diana Pey, uno o dos días a la semana, interpretando obras clásicas y, también, en otros programas, acompañando al piano a diversos cantantes, actuando en esos casos con seudónimo. El director de la radio en esa época era Renato Deformes; poco tiempo después llegó a esa radio, como locutor, un muchachito que venía del sur, se llamaba Raúl Matas.

Al poco tiempo de empezar con esos recitales, mi hermana cayó enferma. Se le declaró una tifoidea que la mantuvo dos meses entre la vida y la muerte. Tan pronto se restableció, prosiguió con sus recitales con una serie dedicada a Beethoven. Interpretó las 32 sonatas. En enero de 1941, Diana dio un recital de música española; Albeniz, Granados, Falla, Turina, en la radioemisora *El Mercurio*, en una emisión de *Radio Magazine*. Su marido, mi cuñado, Lorenzo Colli, entró a trabajar en el Ministerio de Obras Públicas, en la Dirección Hidráulica.

El primer trabajo que yo conseguí, fue de topógrafo. El ingeniero José Saitúa, que conocimos en la estación Mapocho a la llegada, me proporcionó un trabajo para hacer un levantamiento topográfico. Yo nunca había trabajado como topógrafo, salvo las prácticas que en la asignatura de Topografía había efectuado, pero nada más. El trabajo consistía en hacer el levantamiento topográfico del acueducto que venía desde Laguna Negra hacia Santiago, que aún se usa. Recuerdo que el invierno de 1940, el primero que pasamos en nuestro nuevo país, fue muy lluvioso y la Empresa de Agua Potable de Santiago comprobó con preocupación que el acueducto que surtía de agua potable a Santiago, desde Laguna Negra, estaba severamente

deteriorado por las avalanchas de piedras y lodo que descendían de la cordillera. Para repararlo se requería conocer los lugares precisos por los que pasaba, es decir, los planos de su trazado, que se habían perdido. Este es un trabajo para un topógrafo, y, no obstante no ser especialista, yo tenía los conocimientos recibidos en mis estudios de ingeniero, aunque no la práctica. Ese fue mi primer trabajo para el entonces Ministerio de Fomento. Día tras día, durante varias semanas, pasé muchas horas a oscuras y en cuclillas al interior de un canal que tenía a lo más un metro cincuenta de alto y en medio de la humedad y el lodo acumulado, pero resolví correctamente el problema.

Mi hermano Raúl obtuvo su primer trabajo calculando las estructuras del actual Hogar Español, trabajando por cuenta de otro ingeniero. Más adelante, instalamos una trefilería de alambre de cobre, una maestranza para la fabricación de piezas y partes para maquinaria de imprenta, construimos casas organizados ya como empresa constructora bajo la firma de "Raúl Pey y Cía., Ingenieros", ganando nuestra primera propuesta pública: el edificio central de la Ciudad del Niño Presidente Ríos. Nos iniciamos como contratistas de Obras Públicas, construyendo por licitaciones diversas obras de ingeniería, especialmente en obras portuarias, uno de cuyos principales trabajos lo fue la construcción del Puerto Comercial de Arica, que es lo que con frecuencia se recuerda de nuestra actividad en ese rubro. Tanto por eso como por las múltiples obras que mi hermano también realizó desempeñándose como director de Obras Municipales de Arica, una de las avenidas más importantes de esa ciudad lleva su nombre: Avenida Ingeniero Raúl Pey Casado. Antes ya había sido declarado hijo ilustre de esa ciudad.

El asilo a Neruda (1949)

En 1948, Pablo Neruda, siendo senador de la República, intentó pasar a la Argentina, mientras se discutía su desafuero. Hizo el viaje en automóvil. Nunca he sabido quienes lo acompañaban, eran dos personas. El paso estaba en el Cristo Redentor. Ya era de noche cuando llegó a la frontera. La policía chilena no lo dejó pasar aduciendo que su pasaporte oficial de senador, extendido a nombre de Pablo Neruda, que era ya su nombre legal, no coincidía con el de su carnet de identidad, el de Nefthalí Reyes. Fue el pretexto para no dejarle pasar. Tuvieron que regresar. Cuando llegó a Santiago, se encontró con que el desafuero ya había sido aprobado.

Lo cierto es que su Partido no había previsto ese caso, de modo que luego del fracaso del intento de salir a Argentina no sabían dónde llevarlo. Ya comenzaba a ser buscado en todo Santiago por la policía. Por lo tanto, no podía volver a Michoacán, su casa de la Avenida Lynch.

Descartando nombres y posibles lugares, -eso me lo contó él mismo muy posteriormente-, Neruda escogió la casa del ingeniero José Saitúa Pedemonte. Lo escogió, primero, porque Saitúa era bien conocido en el PC (había ingresado en las Juventudes Comunistas en la Universidad, cuando era estudiante de ingeniería) pero ante la mayor parte de la gente aparecía más como hombre de negocios que como político. Y en segundo lugar, lo escogió porque estaba casado con Gloria Nistal, una refugiada española, a quien Saitúa había conocido en España, en plena guerra civil. Al poeta eso le gustaba.

El primer sitio en el que se escondió Neruda fue en la casa de José Saitúa, en la Avenida Los Leones, cerca de la Plaza de la Alcaldesa. Una noche tocaron la puerta y Saitúa no tenía ni idea de quien podría ser. Ahí estaban Neruda y la Hormigueta. Pero era un sitio muy peligroso para mantenerlo. Primero porque Saitúa vivía con su mujer, dos hijos pequeños y una empleada doméstica. A los niños no se les puede decir -¡No digas eso!, si se les dice así es mucho peor. Además, vivía ahí, puertas adentro, la empleada doméstica, que era conflictiva. Neruda estuvo pocos días ahí. Yo era muy amigo de Saitúa y para él también era muy conflictiva la situación. La búsqueda del poeta por la policía era la noticia del momento. Todos los diarios publicaban su fotografía y en la radio se hablaba de él a cada instante. Se decía que estaban a punto de tomarlo preso, que estaba cercado, que ya iba a caer.

Le propuse, en esa época era Secretario General del Partido Comunista, Ricardo Fonseca, le propuse a Fonseca; Yo me hago cargo de Neruda. Pero yo le puse las condiciones. Primero: Yo voy a buscar a Neruda, pero nadie tiene que saber nada, ni día ni hora, ni siquiera el partido. Segundo: Nadie tiene que saber cual era mi domicilio. Que nadie tenía que contactarme por teléfono, en ninguna parte. Y que ellos me diesen un teléfono y yo desde un teléfono público les llamaría para dar información. Puse condiciones muy rigurosas. Se sabe que los comunistas son rígidos y cumplidores, y efectivamente fue así. La cosa era delicada y para mí, doblemente, por mi condición de extranjero. Nunca he sido militante comunista, pero he estado siempre cerca de ellos cuando han sido atropellados y perseguidos.

Llevé a Neruda y a la Hormiguita a mi departamento. Yo vivía sólo en un pequeño departamento en la calle Vicuña Mackenna 47, esquina de Eulogia Sánchez, departamento 606. Ya me había separado. Neruda cuenta en el Canto General que yo vivía con mi mujer, pero no era así. Neruda hace mención, en el Canto General y en otros relatos, de que desde ese departamento, que era interior, que no daba a la calle, desde la ventana se veía solamente el edificio de enfrente, una obra gruesa paralizada, desocupado.

El departamento, de unos 30 metros cuadrados, constaba de un solo ambiente que hacía las funciones de living y dormitorio. Una cocina muy pequeñita, y un baño común y corriente. En el living comedor había un closet bastante amplio. Les dejé mi departamento, y me fui a alojar a otra parte, nadie sabía dónde yo alojaba, todo el mundo creía que yo vivía ahí, porque todos los días les llevaba el almuerzo y la comida, quedándome hasta algo después de las diez de la noche, hora en la que el conserje del edificio se iba. De manera que para todo el mundo yo seguía viviendo allí. Era esencial que todo siguiera siendo muy normal. Y así fue. Todo funcionó perfecto. Cada tres o cuatro días, desde un teléfono público que iba cambiando, llamaba al teléfono que había convenido con Fonseca para mantenerle informado e informarme de lo que desease comunicarme. Realizaba, es claro, las diligencias imprescindibles que Neruda precisaba, de índole personal. Generalmente les llevaba la comida preparada que vendían en el entonces Restaurant Oriente, que estaba en la Plaza Italia. Para Neruda, recuerdo haber recorrido las librerías en busca de novelas policiales, de una colección que se llamaba el Séptimo Círculo, y para la Hormiguita encargaba en la farmacia Petrizzio una crema facial que preparaban en esa farmacia, con la que cada noche se untaba el rostro, cubriéndolo con una gruesa capa. Ella era mayor que Neruda y probablemente luchaba de ese modo contra los años. Se ponía, además, todas las noches, unos bigudíes en el pelo, con un resultado que yo lo encontraba como un remedio para la lujuria. Lo cierto es que no se veía muy atractiva.

La cocina, que como he dicho era una muy pequeña, tenía un lavaplatos minúsculo. La vajilla de la que disponía era mínima: cuatro platos, tres o cuatro tazas, tres o cuatro tenedores, cucharas, cuchillos, es decir, lo esencial y nada más. Al día siguiente de llegar, la Hormiguita me pidió que le lavara los platos y las tazas que habían usado porque ella no podía, que se le estropeaban las manos. Eran dos personas, nada más, qué costaba lavar dos platos, dos cubiertos, dos tazas. Mi respuesta fue una cosa instintiva, yo le dije:

-No. -Entonces me pidió que le comprase unos guantes de goma. Se los compré y se resolvió así el problema. Pero me dí cuenta de que el pequeño incidente había sido ofensivo para ella. Otro incidente ocurrió a propósito del wisky. Neruda se tomaba un par de whiskys todas las tardes. Creo que en esto actué en forma indebida, dadas las circunstancias por las que él pasaba y el efecto antidepresivo que el wisky tiene en forma inmediata. Pero para mí resultaba en ese tiempo una cosa onerosa.

Por esos días, Neruda estaba muy inquieto, el encierro lo ahogaba, sobre todo teniendo en cuenta lo pequeño del departamento en el que estaban con la Hormiguita. Una noche le propuse a subir a la terraza, que cubría el edificio entero. La escalera que subía hasta la azotea, en el piso siguiente, estaba junto a la puerta de mi departamento. A eso de las diez de la noche, subí con él, y nos estuvimos paseando por la terraza. El poeta contempló largo rato la ciudad de noche, el cerro San Cristóbal que se veía muy cerca, las luces de los autos que pasaban por Plaza Italia. Estaba feliz. De pronto apareció una sombra a la entrada de la terraza. Era el conserje. Lo saludé y el hombre se retiró. Pero Neruda se puso muy nervioso. Dijo que era evidente que aquel hombre lo había reconocido, que los conserjes de los edificios eran espías de la policía. Eran los peores días de la persecución. La prensa hablaba a diario de la cacería de Neruda. Decía que lo habían visto en uno u otro lugar, que su captura era inminente. Le argumentaba que si la policía lo arrestaba, eso iba a ser una noticia mundial de enorme repercusión y que su efecto sería pésimo para el Gobierno de González Videla; que, políticamente su detención sería catastrófica para González Videla y su gobierno. Se quedó mudo. Me miró con incredulidad. Luego dijo:

-Víctor, si me detienen, esos tipos me van a humillar, me van a vejar, me van a someter a todo tipo de indignidades.

Cuado, tras asumir la responsabilidad de sacarlo del país íbamos ya a partir, estando de Secretario General del Partido Galo González -Ricardo Fonseca había fallecido-, yo sabía los fondos de los que él disponía. Estaba en contacto con su representante, Fernando Silva, que tenía una tienda de casimires en la calle Moneda, yo conocía el saldo de su cuenta corriente. Hablé con Galo González. Sabía que una persona que iba a acompañar a Neruda probablemente iría con un arma de fuego, pero antes de usarla es posible, siguiendo un dicho que hay en México; "No hay ningún general que aguante un cañonazo de 50 mil dólares". Le

dije; -si se le puede dar un tiro de 50 mil pesos a algún funcionario de la frontera o por el camino, hay que ir con los 50 mil pesos, preparado.

Galo González me dijo: -Tienes toda la razón, él tiene que llevar dinero para eso, yo le voy a hablar, no te preocupes. -Sin embargo, ¡No llevó nada de dinero! A Galo le contestó que -si, si..., como no-.

Durante su clandestinidad en Chile, Neruda estuvo después en varias casas. El diario El Imparcial, todos los días titulaba en primera página "A punto de caer, ya está cercado, etc." Pasó el tiempo y ya la posible detención de Neruda no estaba tan de actualidad. Tuve conocimiento de que habían fallado dos o tres intentos por sacarlo del país.

Jorge Bellet

Desde hacía varios años que era muy amigo de Jorge Bellet, que se encontraba al frente de una explotación maderera en el interior de Valdivia, en Huainahue. También conocía al dueño del fundo maderero, don Pepe Rodríguez. Había seguido muy de cerca la vida de Bellet y sabía que ese fundo maderero limitaba con la Argentina. Un día que llegó Bellet a Santiago y me vino a ver a mi oficina, lo que hacía generalmente, le hice varias preguntas sobre los límites de ese fundo. Bellet era un hombre extraordinariamente valioso, lamentablemente él no tuvo estudios técnicos, pero los suplió con mucha imaginación. Hablando con él, le pregunté:

-¿Cómo se puede pasar desde el aserradero a la Argentina? -y él me dio detalles sobre ello. Entonces le dije:

-Se trata de un amigo español comunista que tiene que salir del país. Con Bellet analizamos la posibilidad de llevar a cabo lo planteado y planeamos en los días siguientes el viaje hasta en los más mínimos detalles.

Todo esto fue en Santiago. Bellet se fue a Huainahue, poniendo en ejecución lo que habíamos convenido y planeado. Voy a ver a Galo González y le digo:

-Ya tengo una vía para sacar a Neruda de Chile.

Había conocido a Galo debido a problemas que había tenido Saitúa con sus empresas, para cuyo manejo Saitúa me pidió mi colaboración amistosa. Además, a Galo González también lo tuve escondido un largo tiempo en mi casa.

Le expliqué a Galo los puntos esenciales del plan. A Bellet lo conocían desde hacía tiempo. Él había sido muy cercano al PC. Creo que nunca fue militante, pero estuvo muy cercano a todos los dirigentes comunistas; lo conocía Galo, lo conocía Volodia, lo conocía Corvalán. Le conté a Galo los pormenores del plan, con todos los detalles contemplados: la pasada a la Argentina, llegando hasta San Martín de los Andes, donde terminaba nuestra misión. Galo era un hombre muy centrado, directo. Estuvo en total acuerdo con el plan.

La tarea de Bellet, con su gente, era abrir un camino a través del bosque, pretextando que su objetivo era intentar transportar madera para venderla en Argentina. Debía, además, contratar unos arrieros, buenos conocedores del terreno, baquianos, para que acompañaran al viajero. Una vez completadas estas tareas, debía avisar con un telegrama en clave y yo partiría hacia allá con el compañero sin nombre.

Pero pasó el tiempo. Los plazos no se cumplían. Yo no sabía nada de Bellet y empezó a aumentar mi preocupación. En aquel tiempo no había celulares, ni teléfonos, ni radio en Huainahue. En tales circunstancias me fui al sur, para ver qué era lo que pasaba. Viajé por tren. Llegué a Valdivia y me alojé en el hotel Schuster. Al día siguiente, mientras desayunaba, veo que entra Bellet.

-¿Qué pasa, hombre? -le pregunto-, no he tenido noticias...

Él me explicó, me dio las razones: uno de esos temporales desatados, que se alargó más de todo lo imaginable. Fuimos juntos a Huainahue, al aserradero, revisamos el lugar, hicimos una inspección del camino, un camino de selva, abierto a hacha, para salir del lugar donde iba a alojarse dos o tres días el incógnito viajero. Después regresamos juntos a Santiago. Hasta ese momento, Bellet creía que el personaje era un militante comunista español. Nos juntamos con Galo González en mi auto, en el Parque Forestal, y fue en esa cita en la que Galo le comunicó a Bellet de que quién se trataba.

Galo González me informó de que me iban a facilitar, para hacer el viaje hasta Huainahue, un auto, y que un militante de absoluta confianza del Partido, que era buen mecánico de autos, por si se producía algún problema en el camino, nos iba a acompañar.

-Mira, el auto te lo va a entregar "Mechas Blancas", así le llamaban a Manuel Solimano, que tenía un negocio de compraventa de autos en la Alameda. Solimano tenía el pelo largo y blanco, por eso le llamaban "Mechas Blancas". Y efectivamente, fui a ver a Solimano y me entregó el mejor auto que tenía en consignación para su venta; un Chevrolet en

excelente estado, de color morado. Y fui con el mecánico, y chofer del Partido Comunista, a comprar algunos repuestos por si se producía algún problema en el auto, a unas tiendas de repuestos que había por Mapocho. Resultó que este mecánico era persona muy conocida en el lugar. Llegamos a la tienda y al dependiente o dueño de ella le dijo:

-¡Vengo a comprar varios respuestos con urgencia porque tengo que hacer un viaje muy especial, con personas muy importantes.

Delante de toda la gente. ¡Increíble! Bueno, no nos pasó nada por pura suerte. Estábamos a dos pasos de Investigaciones. Compré todos los repuestos que buscábamos y yo me quedé con el auto. Al día subsiguiente, con el Dr. Raúl Bulnes, nos fuimos a buscar a Bellet y a Neruda. El Dr. Bulnes llevaba el carnet que le acreditaba como médico de carabineros, disponiendo de una credencial especial de "rompefilas" de Carabineros. Partimos en dos autos: el Chevrolet prestado por Solimano y el auto del Dr. Bulnes; Neruda, Bellet, el Dr. Bulnes y yo mismo, a última hora de la tarde, hacia el Sur. Sabía, por haber hecho varias veces el recorrido, poco tiempo antes, que algo más al Sur de Graneros estaba apostada una patrulla de Carabineros que pedía los documentos a todos los autos que pasaban por el lugar hacia el norte o hacia el sur, y ese era el motivo por el cual había incorporado en el viaje al Dr. Bulnes, para pasar ese control sin problemas. Todo ocurrió sin problema alguno. Llegamos a ese control y el Dr. Bulnes mostró su credencial, dándonos inmediatamente el paso libre a los dos autos. Unos pocos kilómetros más al sur, paramos los dos autos, nos tomamos todos un wisky en la carretera y nos despedimos. Yo me regresé con Raúl Bulnes y Bellet con Neruda y el mecánico, siguieron hacia el sur.

Cuando propuse a Galo el plan, la Hormiguita dijo que ella quería acompañar a Neruda, pero fue el propio Neruda quien la disuadió de su deseo. Ella decía, y yo creo que tenía razón, que estaba acostumbrada a andar a caballo. Ella era de una familia argentina, dueña de una o más grandes estancias en la zona de San Juan, en la Argentina, y estaba acostumbrada a la vida rural, a andar a caballo. En cambio Neruda no tenía experiencia alguna al respecto. La Hormiguita alegaba que ella en vez de ser una carga iba a ser una ayuda, pero, en fin, Neruda no quiso y fue él sólo. Por fin, Bellet, con Neruda, Víctor Bianchi y los arrieros llegaron a San Martín de los Andes. Ahí lo recibieron los comunistas argentinos, que le llevaron hasta Buenos Aires en auto, para salir de Argentina unos días más tarde en avión hacia París.

El mismo día de la partida de Neruda hacia el sur, la Hormiguita se fue a vivir a la casa de mi madre y mi hermana, que vivían en la calle Atahualpa, en Ñuñoa. En vez de hacer una vida reservada, dadas las circunstancias, salió a la calle a hacer diligencias. Naturalmente la Hormiguita era una persona muy conocida. Salió a la calle a comprar, a hacer vida normal, lo que fue muy riesgoso. Yo le había pedido que se mantuviera en la casa, reservadamente, hasta que su aparición fuera menos conflictiva para quienes la acogían. Pero así fue.

Salvador Allende

No recuerdo el momento en el que conocí personalmente a Salvador Allende. Allende formaba parte del Comité de Ayuda a los Refugiados Españoles. Antes de llegar el Winnipeg a Chile, se creó en Santiago una Comisión de Ayuda a los Refugiados Españoles. En esa Comisión estaba también Gabriel González Videla.

Gabriel González Videla era, cuando nosotros llegamos, Presidente de esa Comisión. Esto fue en septiembre del año 1939. Ustedes saben muy bien que González Videla llega al poder apoyado por una coalición de partidos en la que el Partido Comunista tuvo un papel importante. El propio Neruda fue un colaborador muy estrecho en la campaña que llevó a González Videla al poder; él fraguó la frase, que se transformó en un slogan durante toda la campaña y que se repetía en todos los encuentros políticos a lo largo de todo Chile de "y el pueblo te llama Gabriel". Ocurrió que Gabriel, a los seis meses de ser elegido Presidente, no encontró nada más brillante que dedicarse a perseguir a los comunistas, que lo habían llevado al poder. Entre ellos también estuvieron algunos comunistas españoles, conocidos personalmente por González Videla. De suerte que súbitamente los comunistas españoles tuvieron que esconderse porque González Videla no sólo había dado orden de que fuesen detenidos sino que, en algunos casos, había proporcionado a la policía las direcciones de sus domicilios.

Tras la llegada del Winnipeg a Chile, se organizaron diversos actos en Santiago y Valparaíso en homenaje a los refugiados que en él habíamos llegado. En uno de esos actos, creo que conocí personalmente a Salvador Allende. Tres o cuatro años después, donde surgió mi amistad con él, fue en la casa del fundador del diario "La Hora", el gran periodista chileno, maestro de periodistas, Aníbal Jara Letelier, que después también fue director de "Última Hora". Aníbal Jara cultivaba una tertulia de amigos en su casa. En ella conocí a varios

políticos que frecuentaban su casa en esas tertulias, a las que Allende también asistía con mucha asiduidad. Me hice amigo de él y desde entonces esa amistad fue simplemente creciendo, aumentando, hasta que llegó al período del Gobierno de la Unidad Popular, en el que tuve el honor de colaborar en alguna medida con él.

Allende era un ser muy honesto, de una consecuencia sin par en la historia de Chile, leal y sincero como pocos. Confesaba, reconociendo con vergüenza, que la música no le hacía vibrar y sus hábitos de lectura se inclinaban hacia los temas políticos. Estaba siempre perfectamente informado de la actualidad política de Chile y del mundo. Tenía también una vitalidad tan grande, que para los que lo acompañaban en sus campañas políticas, se les hacía difícil seguirle el ritmo que les imprimía.

Yo le acompañé en parte de su segunda candidatura presidencial y recuerdo una gira que realizó a Antofagasta. Recorrimos en un stationwagon toda la zona; Allende pronunciaba un discurso en cada localidad, todos terminamos agotados, excepto Allende, que era sin duda un "animal político". Dicho en el mejor sentido de la palabra; gozaba con lo que hacía, arengando al pueblo e inspirándose en él, y, al anochecer, era el único que se mantenía fresco como una lechuga. Tenía una particularidad que aún me sorprende. Era capaz de dormir cuando quería, en lo posible en pijama, incluso en La Moneda, donde tenía una salita especial para sus siestas. Ponía su cabeza en la almohada y en segundos estaba profundamente dormido. Le bastaban quince minutos para reponerse y luego estaba plenamente lúcido para continuar derrochando vitalidad.

Diario "El Clarín"

El diario Clarín, como seguramente es de conocimiento de todos, fue una creación del mítico periodista Darío Saint-Marie, más conocido por su seudónimo de Volpone. En el año 1972, el matutino Clarín constituía el diario de mayor circulación en Chile. Tenía un sistema de distribución propio desde Arica hasta Punta Arenas. Como algunos recordarán y otros habrán oído hablar de él, tenía un estilo de contar las cosas, de hablar de la actualidad nacional e internacional, jocoso, entretenido. Eso, junto con el hecho de que era el único medio, tal vez en la historia del periodismo del país, que se mantuvo absolutamente independiente de grupos económicos, de partidos políticos y de confesiones religiosas, lo hacía realmente

independiente, por más que casi todos los medios generalmente se autodenominan independiente, pero que distan mucho de serlo.

Había conocido a Darío Saint-Marie varios años antes. Llegué a ser un estrecho colaborador de él a título honorario. Saint-Marie, siendo director del diario La Nación, en las postrimerías del Gobierno de Ibáñez, creó el diario Clarín de una manera algo misteriosa. Creó una sociedad de responsabilidad limitada que se llamaba "Merino y Compañía Limitada". Nadie sabía quién era el señor Merino. La "compañía" era en la realidad Volpone, y la Limitada después se supo que era el propio Presidente de la República, el General Ibáñez. Esa creación, en las postrimerías del Gobierno de Ibáñez, se debió a que Saint-Marie quería hacer una historia vívida de todo lo que iba a suceder después del Gobierno de Ibáñez. Se inició el tiraje del diario El Clarín en los propios talleres de La Nación. Naturalmente, a poco andar, con la llegada al poder del Presidente Jorge Alessandri, se suspendió abruptamente la impresión en los talleres de La Nación y el diario siguió imprimiéndose en otros talleres. En esas circunstancias conocí a Volpone, actuando como asesor de él en la adquisición de una rotativa comprada en Alemania Oriental, para poder montar un taller de imprenta propio para el diario Clarín. Debo decir que las relaciones de Salvador Allende y Darío Saint-Marie eran unas relaciones desde niños, desde muy pequeños. En Valparaíso se conocieron y tenían unas relaciones llenas de alternancia entre el amor y el odio. En un momento determinado, siendo Allende Senador de la República y Darío Saint-Marie director del diario La Nación, éste, que era bastante ligero de lengua y adjetivaba de manera magistral, se permitió la licencia de publicar en primera página un titular en grandes caracteres que decía "senadores y contrabandistas", colocando debajo las fotografías de varios senadores, entre los cuales estaba Allende. Les acusaba de contrabandistas porque iban a Arica, hacían algunas compras en el puerto libre, pasaban el fin de semana en Arica y regresaban a Santiago. Esos eran los momentos en los cuales estaban en trincheras opuestas. Pero también hubo circunstancias que los acercaron, desde esa niñez en alguna medida compartida o cercana.

Cuando Allende fue nombrado candidato a la Presidencia por la Unidad Popular, Saint-Marie y Allende estaban distanciados. Allende me solicitó, dada mi amistad con Saint-Marie, que interpusiese mis buenos oficios para convenir un encuentro grato y amistoso entre ellos. Fui a su casa, en San José de Maipo. Saint-Marie inmediatamente se mostró no solamente conforme, sino deseoso de que fuese a verle Allende y volver a las épocas en las

que primaron entre ellos los lazos de amistad. Al día siguiente, -se ha contado en varias partes-, Allende se presentó con un maletín de mano en la casa de Volpone, lo saludó y le dijo: -Mira, he venido para quedarme unos días, -se dieron un abrazo, no hubo necesidad de darse ninguna explicación y eso dio inicio a la colaboración de Volpone y del diario Clarín en la campaña que llevó a Allende al poder. Yo lo he repetido en varias oportunidades y lugares: hay que pensar que el triunfo de Allende fue por escasos 30 mil votos, nada más. Ese triunfo no hubiese sido posible de no haber sido por el apoyo que el diario Clarín y Volpone, personalmente, le dio durante toda la campaña, por partes iguales, a la candidatura de Salvador Allende y a la candidatura de Radomiro Tomic, de la Democracia Cristiana.

Volpone, además de ser un periodista brillante, de una vasta cultura general, era un hombre ambicioso en lo que se refería a mantener los hilos del poder, a ser influyente ante el poder. Él se sentía coautor de la victoria de Allende. Y ocurrió que tras esa victoria, Allende no le llamó a La Moneda. No mantuvo con él una relación como la que él esperaba, de la índole o similar a la que había tenido anteriormente con Frei en el gobierno, ante el que mantuvo bastante influencia y mucha más durante el gobierno de Ibáñez, en el que hizo y deshizo gabinetes, nombró a su hermano Ministro de Justicia y después lo fue de Relaciones Exteriores, nombró a su dentista Ministro de Tierras y Colonización, en fin, tenía una influencia decisiva con Ibáñez. De suerte que Saint-Marie pensaba que habiendo sido coautor del triunfo de Allende, él tendría que haber sido una persona importante en el manejo del poder, que tendría que ser escuchado, en fin, y no ocurrió así. Ese "injusto trato" hizo que se distanciaron de nuevo Allende y Volpone.

Tendría que hacer la historia del Gobierno de la Unidad Popular y me extendería mucho. Saltándome ese esencial período, debo decir que terminado el año 1971, en circunstancias en las cuales ya la oposición al gobierno de la Unidad Popular había tomado mucha fuerza, que Volpone sintiéndose, como he dicho, no debidamente reconocido, empezó a darles tribuna en el diario Clarín a los dirigentes del MIR, a Miguel Henríquez, Humberto Sotomayor y a Bautista von Schowen. Clarín se inclinó hacia posiciones críticas severas del gobierno a través de las declaraciones que hacía el MIR, a las que Volpone le daba amplia cobertura. Esta fue la faceta política de la crisis que produjo Volpone en el diario Clarín. Pero hay otras facetas que entraron en el juego. Volpone tenía mucho coraje para enfrentarlas las crisis políticas que pudieran cruzar su camino y que en el pasado las había enfrentado durante

toda su vida. Una vida realmente singular, agitada. Me refiero a que a Volpone se le presentó, para él en forma inesperada y sorprendente, otra crisis de índole familiar, sobre la que no voy a ahondar. Lo cierto es que un día determinado, Volpone me notificó, me informó que él había tomado la decisión de abandonar el país y de abandonarlo para siempre. En esas circunstancias me propuso, que como yo era su estrecho colaborador en lo que se refería a la parte técnica, (en esos momentos se estaba montando una nueva rotativa, de última generación, una rotativa Goss. Yo había ya dirigido la construcción del nuevo edificio destinado a sede del diario, donde posteriormente instalaron las Fiscalías Militares), como yo podía disponer de recursos bastante importantes y a pesar de que yo nunca había sido empresario periodístico, en vista de todo ello Volpone me propuso venderme la empresa. Me informó de que su decisión era irreversible, proponiéndome que nos tomásemos un plazo de tan sólo un par semanas para convenir los términos de la transacción. Naturalmente lo medité mucho, lo consulté mucho. Eso significaba dar un vuelco completo en mis actividades y fue en esas circunstancias en las cual decidí perentoriamente la adquisición del diario Clarín.

Dada la urgencia de Saint-Marie en alejarse de Chile, por razones estrictamente personales, como he indicado, tuve que ir a Portugal para finiquitar lo convenido en forma verbal en Santiago. En esa época en España estaba todavía el Gobierno de Franco. Volpone se fue a vivir a Madrid y yo me negué a volver a España mientras estuviese Franco. De manera que convine con él encontrarnos en Estoril, Portugal. La ciudad la escogió él, que era hombre dado a simbolismos; me decía, en tono entre trascendental y jocoso, que Estoril era el lugar en el cual estaban las casas reinantes que habían sucumbido a las Repúblicas en toda Europa. Creo que el simbolismo estaba en que Saint-Marie se sentía en la situación de rey que había sido destronado y por eso me insistió en Estoril. De manera que fui a Estoril. En Estoril, en el Hotel Presidente, en el que ambos nos habíamos alojado, mantuve dos largas entrevistas con él, que terminaron en la firma por ambos de un acuerdo manuscrito por mí. Una tercera entrevista sobre lo mismo tuvimos en Suiza, en Zurich. En esas circunstancias fue que le adquirí el diario Clarín.

11 de Septiembre de 1973

Acostumbraba ir a La Moneda a eso de las ocho de la noche, al salir del diario, con el diario del día siguiente. Los días anteriores al 11, las informaciones que se manejaban sobre la

inminencia de un golpe de estado eran muy grandes. El día 10 por la noche llegué a La Moneda a eso de las ocho de la noche, cuando Allende salía hacia Tomás Moro. Alcancé a despedirme de él y me quedé en la Secretaría Privada. Estaba La Payita, Arsenio Poupin, Patricia Espejo y varios miembros del GAP.

A eso de las diez de la noche llegaron Eduardo Paredes y Max Marambio, quedándose con nosotros unos diez minutos. Max y Eduardo habían sido encargados por Allende de una misión reservada y urgente. Allende le tenía a Paredes, ahijado suyo e hijo de un gran amigo, un especial cariño. El presidente manejaba información acerca de un inminente atentado en El Teniente.

A eso de la media noche, comenzaron a llegar al gabinete de la Presidencia y de la Secretaría Privada, llamadas telefónicas de Valparaíso, San Felipe y Los Andes, de gente que había observado algunos extraños movimientos de tropas. Miria, La Payita, hizo varios llamados telefónicos a Tomás Moro, informando de ello a Augusto Olivares. El Perro Olivares, como le llamábamos cariñosamente, recibía los llamados en Tomás Moro, transmitiéndoselos a Allende y como a la 1:30 de la madrugada, El Perro le dijo a La Payita, por encargo del "doctor", que nos fuéramos ya a nuestras casas para descansar. Así lo hicimos, saliendo, como siempre, por la puerta de Morandé 80.

Me fui escoltando el auto de La Payita, que manejaba su hijo Max, por la Costanera hasta que me desvié rumbo a mi casa, en la calle Marne, al lado del Stade Francais y me acosté, aunque por poco rato, ya que a las 6.30 me llamó Olivares, por encargo del doctor, para pedirme que fuera a Tomás Moro, porque se había sublevado la Armada. Lo noté sereno, pero preocupado. Salí de inmediato en mi Fiat 600 y casi al llegar a Tomás Moro, me crucé con la caravana de Allende que venía en sentido contrario rumbo a La Moneda. Yo continué en dirección a la residencia de Allende en Tomás Moro, y por precaución me estacioné una cuadra antes de llegar a ella.

Entré a Tomás Moro. Al poco rato recibí un llamado de Allende desde La Moneda. Me preguntó por el general Carlos Prats, a quien suponíamos en un departamento habilitado con dos líneas telefónicas que le había conseguido el viernes 7 de septiembre, siguiendo instrucciones del Presidente, pues Prats temía seriamente por su vida y presentía que lo estaban siguiendo.

Ese mismo viernes 7, según supe después, Allende le había pasado las llaves del departamento a Fernando Flores, que había hecho una especial amistad con Prats, para que pudiera trasladarse, como medida de precaución. El domingo 9 estuve con Allende en Tomás Moro, antes de la llegada de Pinochet, Figueroa y el general Urbina, y supe que en algún momento, Prats fue al departamento, pero no podría precisar la hora. Más tarde, por terceras personas, supe que Flores le había acompañado hasta el departamento, dado las llaves y también algo de dinero para eventuales gastos menores. Realmente no sé en qué lugar se encontraba el martes 11. Él, en sus Memorias, afirma que se había ido a casa de sus padres.

Salí de Tomás Moro intentado llegar a Clarín. Al ver, desde lejos, que habían militares en su entorno, me di media vuelta y me fui hacia el centro. Me fui a dejar el auto en un estacionamiento que tenía en la calle Moneda, frente a la Biblioteca Nacional, y me encaminé hacia La Moneda. Al llegar a la calle Bandera con Moneda, carabineros impedían ya pasar hacia La Moneda. Se produjo el bombardeo aéreo de La Moneda. Consciente de lo arriesgado que sería volver a mi casa, fui a refugiarme al departamento de una amiga que vivía en el centro. Desde ese escondite hice diversos contactos telefónicos para tratar de asilarme en alguna embajada, y fue así como el entonces embajador de España gestionó que me acogiera el embajador de Venezuela, Orlando Tovar. En cuanto se levantó el toque de queda, salí de mi escondite y, según había convenido con mi anfitriona, ella me recogió en su auto en la calle Santa Lucía, llevándome hasta las proximidades de la Embajada de Venezuela, en la Avda. Pedro de Valdivia. El embajador Tovar me había dicho por teléfono que dejaría la puerta sin cerrojo y que me cuidara en el momento de ingresar, pues su embajada estaba ya custodiada por militares. Me puse lo más elegante que pude y me aproximé a pie en medio de los soldados, caminando con aire tranquilo para no despertar sospechas, y cuando estaba frente a la puerta de acceso a la embajada, la empujé y me metí al interior del jardín de la sede diplomática, que ya estaba atestada de venezolanos y chilenos que buscaban protección.

Horas más tarde, el embajador Tovar me trasladó a su casa, que quedaba en la calle Bustos. Allí encontré a varios personeros de la Unidad Popular. Compartí habitación con Jacques Chonchol durante unos dos meses. Finalmente, la Cancillería chilena entregó al embajador un salvoconducto que me permitió salir del país y dirigirme a Venezuela. Como no había vuelo directo a Caracas, estuve retenido en el aeropuerto de Lima, hasta que pude arribar a mi primer destino, Caracas, en el largo camino de mi segundo exilio.

Un diario vespertino caraqueño, equivocadamente, tituló así una de sus páginas, el domingo 28 de octubre de 1973: "Llegó Víctor Pey, Ministro sin cartera de Allende", lo que es claro que no era cierto, debió decir solamente que había llegado un buen amigo del ex Presidente Salvador Allende.